

EN MEMORIA DEL

Excmo. Sr. D. Teófilo Hernando

DÍA 27 DE ABRIL DE 1976

Presidencia del Excmo. Sr. D. Manuel Bermejillo

DISCURSO DEL

Excmo. Sr. D. Benigno Lorenzo Velázquez

EN REPRESENTACION DE LA ACADEMIA

Cuando la Directiva de esta Real Academia me encargó que, en nombre de esta Corporación, había de ser yo el que ocupase esta Tribuna para expresar nuestra sentida condolencia a través de este parlamento necrológico, sentí, en verdad, una doble emoción. De un lado, la emanada del cordial deseo de acertar en la proyección de la «sin par» imagen de nuestro D. Teófilo, y, de otro lado, la derivada del profundo pesar de verme obligado a ello, cuando todavía pensaba, como todos, que habíamos de ver al Maestro Hernando alcanzar su centenario.

Su lozania, más todavía intelectual que física, hasta hace bien poco tiempo, al filo de sus noventa y cinco años, así lo hacía esperar. Una gripe y sus complicaciones extinguió una vida tan larga como fructífera, en medio del dolor de familiares, discípulos y amigos. Ahora tenemos que recordar, como ya señaló Séneca, que la «vejez es una enfermedad incurable» (*Senectus ipsa insanabilis morbus*).

Una personalidad tan profunda, peculiar y polifacética, ha de encuadrarse para su análisis, que, como es natural, no aspira a ser exhaustivo, en una cierta ordenación. Si consideramos a Don Teófilo en sus más destacadas facetas, habremos de analizarle

en: A) Sus rasgos personales. B) En sus matices profesoraes y médicos. C) Como científico e investigador. D) Como bibliófilo, publicista y conferenciante. E) Como aflorador de discípulos y amigos. F) Don Teófilo, Académico de la Real de Medicina. G) Homajes que más impacto produjeron en él. H) La longevidad de nuestro Maestro: genes, curso vital y familia.

A) *Rasgos personales.*—Siempre fueron excepcionales y bien apreciados y matizados por mí a lo largo de cincuenta y seis años de nuestras relaciones, cada vez más entrañables, y que jamás se vieron empañadas en el decurso de tan prolongada cronología. Desde 1920 (estudiante de Terapéutica) hasta un mes antes de su muerte (12 de febrero de 1976), cada gesto y cada charla, cada decisión, eran expresados de la forma más sencilla, más espontánea y más sincera, en medio de su vital fragancia e innato gracejo. Esto hacía que en cualquier oyente o en cualquier interlocutor prendiera, ya de por vida, la sencilla y cautivante persona de D. Teófilo.

Son rasgos éstos que no pueden figurar en los fríos y académicos «curriculum vitae», que sólo describen los estereotipados datos de una vida más o menos fecunda, pero nunca recogiendo lo que en ella irradia de matices señeros y de excepción.

Hablar con D. Teófilo y, aún más, escucharle, era siempre un placer, porque su fácil y fluida palabra, siempre en tono sencillo y ameno, era conducida por la senda de memoria e inteligencia excepciones. ¡Qué difícil es humanamente que destaquen, en un alto marchamo, estas dos facultades intelectuales! Hernando las poseía en cantidad y equilibrio magníficos. Pero su fácil decir era sencillo, ameno, conducido con la simpatía y gracejo también de excepción, sin pedantería, y en él surgían con maravillosa naturalidad oportunas anécdotas que fluían siempre de su impar memoria. En pocas palabras, el interlocutor se dejaba ganar en el tiempo y en el espacio por su decir, porque escuchándole se gozaba. Su agilidad mental y decir expeditivo, a la par que su información de *últimísima* hora, eran ya destacados por compañeros y profesores en los comienzos de siglo en nuestro querido San Carlos, años de licenciatura de Hernando. Las más prominentes figuras del profesorado de aquella época (Cajal, Alonso Sañudo, Alejandro San Martín), entre otros, detectaron prontamente la

personalidad de aquel alumno que ya marcaba la posición relevante que habría de adquirir en el campo de la Medicina.

B) *Matices profesoraes y médicos.*—Las excelsas y excepcionales condiciones intelectuales y su «savoir faire et savoir dire» le granjearon un primer puesto entre el alumnado de la Facultad en fechas a horcajadas de los siglos XIX y XX. Si con Olóriz, otro de los hitos de aquel profesorado, destacó sobremanera, después, con Alejandro San Martín, había de ser ayudante y anestesista. ¡Anestesista en aquellos tiempos, en los que el cloroformo mataba más que el bisturí! Al terminar la carrera e iniciar sus cotes profesoraes a través de ayudantías y auxiliares, el Decano, Prof. Calleja, le echó el ojo para más altos menesteres, pensando ya en la jubilación forzosa de D. Benito Hernando, su predecesor en la Cátedra de Terapéutica, que como veremos gana por oposición, sin posible contrincante, en 1912.

Según expresa su amigo fraternal de siempre, D. Gregorio Marañón:

«Los que a principios de siglo comenzábamos en San Carlos los estudios médicos, oíamos hablar con admiración de un estudiante, casi de nuestra misma edad, que asombraba a sus maestros por su saber, por su información de las fuentes extranjeras y por su agilidad mental y palabra expeditiva...»

Por lo que llevamos dicho, se colige fácilmente que las oposiciones le fueron tan fáciles: Auxiliares, médico forense, médico de Casas de Socorro, de directores de balnearios (1905), de las que hasta 1945 no habían de celebrarse nuevas oposiciones, en las que obtuvo uno de los primeros puestos nuestro compañero de Academia Prof. Armijo. Apoyado por Cajal, obtiene una beca de la Junta de Ampliación de Estudios para trabajar en Estrasburgo con el Maestro de Farmacólogos, Prof. Ostwald Schmiedeburg (1911). Al regresar a Madrid logró, como ya indicamos, la Cátedra de Terapéutica que un par de años había explicado interinamente el Prof. Manuel Márquez. La Cátedra que ocupó Don Teófilo se llamaba Terapéutica, Materia Médica, Arte de Recetar con nociones de Hidrología Médica y con tal título todavía la alcanzó nuestra promoción (1918-24).

Explicar hoy la Farmacología constituye para el vocacionalmente preparado, un deleite, ya que las 30 ó 40 series de fárma-

cos a través del apoyo inconmensurable de los avances espectaculares de las disciplinas básicas, así como de la farmacología experimental y la farmacología clínica, han logrado una terapéutica cada vez más eficaz y científica, multiplicando, cuando bien aplicada, los grandes éxitos de la Medicina actual. No olvidemos, como señaló Bernard Aschner, que «Lo más importante en la Medicina es el éxito terapéutico».

Cómo era D. Teófilo como Profesor: Con asiduidad, en clases no largas, exponía durante el curso académico todo el programa. Sólo una amenidad superlativa podía hacer encajar al alumno, con cierta complacencia, una lección sobre *Antisépticos* (cuando no habían surgido ni sulfas ni antibióticos) o sobre *Antituberculosos*, de los que el año 20, salvo el calcio, los yódicos, la creosota, no se conocía nada menos inútil. Los sanatorios acusaban la muerte de la mayoría de los enfermos. Y la *antiflogosis*, que prácticamente no existía, como que la infección acababa en septicemia o en supuraciones (la *pourriture d'hôpital*). ¿Y hablar de la terapéutica de la diabetes cuando aún no se conocía, aunque estaba a punto de serlo, la insulina? Alguna oportuna anécdota mantenía la atención frente a tal inútiles y farragosos fármacos.

Nunca consentía la risas fáciles y prolongadas, amenazando con explicarnos el significado psicológico de la risa fácil. El silencio era inmediato, porque todos intuíamos lo que ello significaba.

Si D. Teófilo era ameno con temas que por su negatividad no se prestaban a ello, cuando le correspondía un tema de los eficaces de entonces, tal la quimioterapia arsenical (salvarsanes), los tónicos cardíacos, los diuréticos, los sueros y las vacunas, la bromatoterapia, entre otros, su dicción era maravillosa y embelesaba a los oyentes. Holgaba en el florilegio y en las dicciones que se perdían en ideas confusas y prolijas. Se le podía aplicar la frase del moralista y literato del siglo XVII, La Rochefoucauld, que en sus máximas señalaba:

«Es propio de los grandes espíritus decir mucho en pocas palabras; los pequeños espíritus tienen el don de hablar mucho y no decir nada.»

Hernando era benévolo al tiempo de juzgar, pues el aula estaba llena a diario sin necesidad de pasar lista; su didactismo com-

pletaba la información, y quien sin saber mucha terapéutica demostraba que había aprovechado el tiempo en cualquier otro que-hacer científico o artístico, era fácilmente aprobado.

C) *Rasgos de nuestro maestro como científico y como investigador.*—Don Teófilo fue la antítesis del profesor adocenado, de aquel que repite curso tras curso su «librillo» o sus apuntazgos o chuletas. Si se quería tener la información de última hora, en cualquier problema médico, bastaba oírle con esa suya siempre amena y agradable dicción. Nunca dejaba de estar al día. Voy a estampar un ejemplo por mí vivido. Hacia los años 20, justamente en 1924, llegó el maestro un día al laboratorio de la Cátedra, tan vivaz y ágil como siempre, y nos dijo: «Acabo de leer un trabajo del danés Mollgaard, que tras ensayar sales de oro con éxito en terneras tuberculizadas y obtener, según él, típicas curaciones, aseguraba que se había encontrado la quimioterapia antituberculosa». Pensar lo que la tuberculosis era como plaga mundial, con alta mortalidad en aquellos años, equivalía a recibir con entusiasmo y optimismo aquella noticia. La sagacidad científica de Hernando se nos mostró en seguida.

Con una cierta sorpresa nuestra nos hizo unos comentarios, no del todo optimistas, señalando dos principales interrogantes: 1.º Que un animal normal tuberculizado experimentalmente no podía compararse con un ser humano que se había tuberculizado en relación a dos factores: virulencia del bacilo y grado inmunitario del paciente. 2.º Que hasta que pasasen largos años de irreprochables trabajos no podía decirse nada definitivo. Acertó de pleno. Los optimistas curaban la tuberculosis con el hiposulfito doble, de oro y sodio, y similares, administradas por vía parenteral. Había radiografías e historias clínicas para todos los gustos. Lesiones cavitarias antes y cerradas después. Pasaron los años y la terapéutica áurea resultó fallida. Entonces... se pecó de excesivo optimismo. Lo cierto fue que esta terapéutica, como D. Teófilo había sospechado, quedó en nada. Sólo los modernos tuberculostáticos habían de curar este proceso. Hoy la tuberculosis no se puede descuidar, pero no asusta: está en vías de regresión completa.

Si la egregia figura a que nos estamos refiriendo no fue investigador en la rama farmacológica, se debió en buena y definitiva causa al entonces Ministro de Instrucción Pública. Según nos refe-

ría, hacia 1913, ya Catedrático, visitó al mencionado Ministro para pedirle ayuda y medios para el equipo (él percibía entonces las 5.000 pesetas anuales). A pesar del ejemplo de Cajal, la contestación fue la de no poder sentar precedente. El precedente era que Cajal, con Golgi, habían recibido el Premio Nobel de Medicina en 1906.

A pesar de ello, de la negativa a la ayuda, queremos decir, Hernando se esforzaba por hacer demostraciones delante de sus discípulos, ya por el regusto de hacerlas, ya en otra dirección más ambiciosa, la de estimular a sus colaboradores en esta trayectoria. Así, como más adelante señalaremos, surgieron sus discípulos que, por su consejo y guía, contactaron con la farmacología extranjera.

Si como investigador en farmacología publicó pocos trabajos (digitálicos, adrenalina sobre aparato digestivo, sálvarsán y algunos más), su investigación en el campo de la clínica gastrológica alcanzó un nivel importante. Intuyó ya el amplio campo que había de tener la farmacología clínica y el valor de la terapéutica clínica, que como disciplina se creó, por unos años, en 1933-34. A veces, nos sorprendía con trabajos originales que habían de tener futura garra. En 1927 publicó, en francés, un trabajo (*Carotinemie avec carotinodermie*, «Rev. Med. Chirurg. des Malad. du Foie, du Pancreas et de la Rate»), que por entonces llamó la atención en la literatura médica mundial y sobre la que florecieron muchas más aportaciones. La última, del mismo tipo del Dr. Gutiérrez Fuertes y colab., sobre clorofila como causa de pseudodictérica («Rev. Clin. Españ.», 140, 1, 91, 1976).

Caló hondo en otros muchos temas; tal el de las porfirias, describiendo como nadie lo había hecho antes sus repercusiones clínicas (digestivas, cutáneas, oculares). Después, al señalar sus trabajos estelares, volveremos sobre este punto.

D) Como bibliófilo, publicista y conferenciante.—Si refería un hecho importante aportado en fechas recientes por tal o cual equipo investigador, a través de cualquier Congreso o revista científica de cualquier país, no por eso dejaba de conocer todo el problema desde su base. Recuerdo, charlando con él a fines de los cincuenta, sobre las *pancreatitis* y las *hipocalcémias* que las acompañaban, enlazar en forma de hipótesis de trabajo la posible acción que la invasión tripsínica en estos enfermos podría tener en la

destrucción de una gran parte de la hormona hipercalcemiante «parathormona», ya vislumbrada polipeptídica por entonces (Rasmussen, en 1961, la señalaría con una textura de 78 aminoácidos). Diversos trabajos recientes han confirmado aquellas, hipotéticas entonces, sugerencias de este gran maestro de la Medicina.

Como publicista, ha dejado D. Teófilo, entre libros, trabajos, revisiones, prólogos y conferencias más de quinientos títulos. Era ya octogenario, bien pasado, y nunca se hacía rogar para pronunciar una conferencia o escribir un artículo solicitado por una Facultad, Academia, Sociedad médica, Congreso, etc. Sus charlas en aperturas o clausuras de actos o Congresos fueron incontables.

Con cuánto cariño y, por qué no decirlo, con cuánta inquietud y trabajo escribió, ya en las vísperas de sus noventa y cuatro años, el primoroso prólogo de nuestra duodécima edición de la *Farmacología*, que abrió a este libro los cauces del éxito. Recuerdo las cuartillas que leyó, releyó y rompió para hacer otras nuevas. Nunca se daba por satisfecho. Un buen día conocí casualmente esta desmedida autoexigencia que el maestro se había impuesto. Terminando, dada su edad, que su preocupación fuese excesiva, le visité, y ello me dio la ocasión para leer en su presencia lo que tenía ya escrito tras las peripecias señaladas. Le faltaban los últimos párrafos. Le expresé, sin exageración, lo magnífica que me parecía la doctrina que allí aparecía y le rogué me prometiera que no las rompería más. Noté que mis palabras le sonaban sinceras, dado el cariño que siempre le había profesado, cariño hasta la veneración. Me prometió, también, que redondearía el final y me las entregaría, como así fue, a los dos días. Me pidió que deseaba corregirlas personalmente, símbolo todo ello de la perfecta obra que siempre realizó.

Sólo voy a destacar algunas publicaciones que siguen con la impronta que dejaron: Con Marañón publicó la que se conoce como *Patología Médica de Hernando y Marañón*. Para la edición de 1915 (Ruiz, editores), sus capítulos (Esófago, Estómago, Alteraciones poco frecuentes de la nutrición, Gripe) fueron, para el día, perfectos. La conducta poco seria de algunos colaboradores que, después de la promesa, no entregaron los originales, otros por la demora de los mismos y de la corrección de pruebas, hizo que ediciones posteriores no vieran la luz.

Su trabajo sobre la oxaluria (1917) llamó también la atención

por su originalidad. Hoy se está descubriendo por estos cauces el valor clínico de esta oxaluria y la posible oxalicogénesis por el abuso de fuertes dosis de ácido ascórbico (vitamina C).

En 1932 publicó *¿Debe suprimirse la heroína de la Farmacopea?*, trabajo premonitorio de los acuerdos internacionales posteriores con supresión de la misma, salvo los cauces ilegales. Muy original fue también el publicado en 1933 sobre *La somnolencia en los tumores del mediastino, La farmacocinética y acciones de la adrenalina por administración gástrica* (1926, nuestra tesis doctoral) y 1935, con Pérez Cirera.

Las Porfirias («Biologie Médicale», París, 1938), *La fiebre como síntoma inicial del cáncer gástrico* (1949) y *Las enfermedades precancerosas* (1952).

En 1970 publicó un trabajo notable: *El medicamento como medio de investigación en fisiología y en clínica* (epílogo de la undécima edición de nuestra *Farmacología*).

En 1973, al tomar posesión de Académico de honor de la Real de Medicina de Barcelona, su discurso «Cómo empiezan y cómo se anuncian algunas enfermedades. Futuro inmediato de la Medicina», constituye un trabajo que siempre es actualidad.

Como conferenciante, ya puede colegirse su constante éxito por las peculiaridades y excepcionales rasgos de sus diversas conferencias y disertaciones, siempre amenas y fructíferas. Su información, increíblemente completa y actualizada; su gran memoria, que no precisaba de guiones o programas; su gracia en el decir, de tal forma que mantenía siempre la máxima atención de los oyentes; la anécdota, que surgía sin rebuscamiento alguno y que predisponía al que escuchaba a encajar el valor de sus ideas y su grácil dicción. Así se explica que las conferencias de D. Teófilo estaban acompañadas de un numeroso auditorio y los comentarios al final eran unánimemente laudatorios. Si escribía claro y bien, creo firmemente que todavía hablaba mejor, en forma subyugante.

E) *Como aflorador de discípulos y amigos.*—Cuando llegamos a ocupar el internado de su Cátedra ya habían sido estimulados a la investigación farmacológica Muñoz Rivero, Alday y Planelles, Gutiérrez Arrese tendió hacia a Gastrología, así como Rodríguez Olleros, en Puerto Rico, y después Crespo Alvarez hacia la Cardiología. Ortega Spottorno, hacia la Clínica y Radiología. A nosotros nos inculcó la labor farmacológica y nos orientó hacia la

farmacología alemana. A Rafael Martínez, hacia la farmacología inglesa. Pérez Cirera, Sánchez de la Cuesta, en América y Europa (Bélgica), hicieron sus ampliaciones en diversas ramas de la Farmacología.

Nuestra Cátedra de Zaragoza (1930) fue el punto de origen de una serie de farmacólogos: Mateo, Armijo, Jalón, Bayo, Sanz, Elio, López Lorenzo, que habían de constituir «el impacto aragonés en la Farmacología española». Hoy son, de este equipo zaragozano, catedráticos de las Facultades de la Complutense, los Profs. Jalón, Armijo y Elio (Medicina) y Sanz y López Lorenzo (Veterinaria). ¡Qué contento se ponía D. Teófilo cuando le recordaba esto! Ya en Madrid, nuevos prestigios de la Farmacología vinieron a agregarse al equipo anterior: Pedro Sánchez García (catedrático de la Autónoma), Alfonso Velasco Martín (catedrático en Córdoba), Pedro Lorenzo Fernández, Martínez Sierra, Antonio García, Alfonso Moreno, Tamargo, entre otros. El espíritu que marcó Hernando fue el creador de todos estos triunfos.

Alguna vez comenté con D. Teófilo que siempre le veía entre discípulos y amigos y que consideraba imposible que pudiera despertar envidias. El me respondía, con la mayor naturalidad, que para todo aquel que destaque en su vida será casi imposible que, más o menos solapada, no surja aquella figura. Nuestro Quevedo definió bien esta negativa cualidad: «La envidia—decía Quevedo—es flaca, porque muérde, pero no come».

F) *D. Teófilo, Académico de la Real de Medicina.*—Fue elegido como Académico de número de esta Corporación en 1919, para ocupar la vacante que había dejado a su fallecimiento el prestigioso fisiólogo Gómez Ocaña, tomando posesión el 14 de mayo de 1922, contestando en nombre de la Academia el Prof. Márquez.

Su discurso abordó y desarrolló en forma exhaustiva el tema «Patogenia de las úlceras gástrica y duodenal». Algunos postulados quedaron bien marcados, que hasta entonces no lo estaban. A saber, que el valor del jugo gástrico activo señalado ya por Spallanzani (1783) y por Hunter (1872) va a ser sólo un factor secundario, actuante sólo cuando la resistencia de la mucosa se deteriore por múltiples factores. A título de ejemplo, desde una gastritis hasta una acción centrógena, pasando por alteraciones reflejas, debidas a padecimientos de otras vísceras. Desde 1918-20 venía nuestro maestro ocupándose de las *gastropatías de origen*

extragástrico, de las que también nos hablaba D. Juan Madinaveitia «para aquellos casos en los que las molestias gástricas no se calmaban con la administración de alimentos». Aquello que Hernando en su discurso académico sistematizó de modo perfecto sigue saltando en la literatura médica actual (Langman, M. J. S.: *Gastric and Duodenal ulcer and their associated diseases*, «Lancet», I, 680, 1976). También fue Hernando más allá del vegetativo, sistema colinérgico y adrenérgico, llegando a las acciones de origen psicógeno o central. Los trabajos del farmacólogo de Leníngrado, Anitschkoff, a partir de 1968, vinieron a dar, en gran parte, la razón a nuestro maestro, señalando el origen centrógeno, por «stress»; de muchas úlceras. El sistema hipotálamo-hipofisario juega un papel importante.

Su ausencia de España, con motivo de nuestra lamentable guerra civil, su estancia parisina fue de trabajo en bibliotecas y Academias, siendo autorizado, así como Marañón, a visitar enfermos, adquiriendo buena clientela hispanoamericana. Es curiosa la fotografía en la que, en la Academia de Medicina de París, aparece el Prof. Loeper en símil auscultatorio a D. Teófilo, con el estetoscopio que perteneció a Leenec y que se conserva en dicha Academia. Era gracioso, si no hubiese tenido visos de un cierto dramatismo, oír decir a Hernando que había estado exiliado tres años por fascista y dos por comunista.

Al perder a su padre, hacia 1941, pudo regresar a España tranquilamente a trabajar en paz, como había hecho siempre. Como Académico de honor fue asiduo asistente y participante. En una sesión de 1972, su defensa de la Terapéutica y Farmacología clínica dejaron grato recuerdo.

G) *Homenajes que más impacto produjeron en él.*—Los homenajes que recibió a lo largo de su vida fueron incontables. Sólo vamos a pararnos en algunos de los que estimamos que más satisfacción le produjeron.

Al jubilarse, el 14 de abril de 1951, fue objeto, algunos meses más tarde, de un acto muy emotivo, al entregarle el Libro-homenaje, que recopilaba numerosos trabajos de profesores eminentes, discípulos y amigos, encabezado por un precioso prólogo de Don Gregorio, trabajos de Jiménez Díaz, Castex, Henning, Crespo Alvarez, Armijo, Mirizzi, Pedro Pons, Gutiérrez Arrese, Gallart, Gimena, Laín, Loeper, Rothlin, Vara y otros muchos, cerrando la serie

una sencilla aportación nuestra sobre «Acción antihistaminica de las mostazas nitrogenadas».

En 1967, la Facultad de Medicina de Madrid, con motivo de su onomástica, y con sus ochenta y cuatro años, tuvo una reunión extraordinaria en su domicilio para felicitarle y hacerle entrega, con toda admiración y cordialidad, de un recuerdo con sentido dedicatoria.

Hace unos cuantos años, y a propuesta del Prof. Sánchez de la Cuesta, las Academias, Facultades y Sociedades médicas adjudicaron, con toda justicia, el título de Patriarca de la Medicina Española al Prof. Teófilo Hernando.

En 1970 (junio), el coloquio médico de extensión universitaria que se celebró en Segovia por la Facultad de Medicina de Madrid fue dedicado en homenaje a D. Teófilo, como segoviano ilustre.

En 1971, el Ayuntamiento de Torreadrada (Segovia), en el último homenaje que le dedicó, descubrió en la casa donde había nacido hacía noventa años una placa, y en una plaza, un monumento con un busto de su hijo predilecto, pueblo donde su padre, D. Pedro, había ejercido la profesión médica durante catorce años.

En 1971, el Instituto de Cultura Hispánica, que presidía Gregorio Marañón Moya, le nombró Miembro de honor, y con este motivo le rindió un sentido homenaje.

Con motivo del descubrimiento de una lápida en el anfiteatro pequeño de San Carlos a él dedicada para perenne recuerdo de tan preclara figura médica, el Colegio de Médicos de Madrid se unió en un sentido homenaje, y en el que tuve que pronunciar unas cordiales y sentidas palabras.

Cada visita que nos hacía al Departamento de Farmacología se convertía en cordial homenaje al maestro, y durante los cursos 1973, 1974 y 1975, la sesión de clausura de los mismos fue o constituyó fiesta universitaria, al cerrar o finalizar estos cursos en presencia de hijos, nietos y bisnietos farmacológicos, cosa difícil de encontrarse congregados en vida.

El año pasado se le concedió la Medalla de Oro al Trabajo, que bien merecida la tenía desde hacía bastantes años.

Sería imposible, por ser innumerables, seguir la lista de estos actos de homenaje que, con sentida cordialidad y admiración, se celebraban en cualquier ocasión propicia.

H) *La longevidad de D. Teófilo.*—A pesar de estar al borde de sus noventa y cinco años, cuando se nos fue inesperadamente todos pensamos, al menos así lo queríamos, haberle visto centenario cuando menos. Decía, a veces, con su peculiar estilo: «Desengañense ustedes, para llegar a viejo es preciso haber tenido padres nonagenarios». En este caso acertó, pues al menos su padre casi alcanzó los noventa años. Bien sabía que el caudal genético, como el caudal áureo, cuando se hereda en cifras positivas, pueden administrarse de muy distintas maneras: o se conservan, o se acrecientan, o se dilapidan. La «frase pitagoriana» lo señaló de una forma sentenciadora: «Una bella ancianidad es casi siempre el producto de una bella vida». Así se puede llegar a viejo más fácilmente, aun a pesar y, a veces, con los alifafes que le acompañan. Bien señaló el canadiense, Profesor después de la Johns Hopkins de Baltimore y, por último, Profesor de Oxford, William Osler, que *para ser longevo había que tener enfermedades que, cuidándolas, se las hiciese durar*. Decía Hernando, con su consabida gracia, que él había sido una larga patología. Ya al día siguiente de nacer, creyendo que se moría, tuvieron que aplicarle el «agua de socorro», y «como veis, decía, me socorrió de verdad».

La Academia, en un todo y en cada uno de sus miembros, quieren significar a su mujer, Carmen Avendaño; a sus hijos, Luis y Mariuca; nitos y demás familia, la más sentida condolencia, expresarles también que su sillón de Académico de honor podrá ocuparse algún día físicamente, pero la personalidad de Hernando aparecerá siempre, de forma perenne, entre nosotros, para servirnos de guía y de estímulo en todos nuestros trabajos. D. Teófilo era único; por eso no puede tener similar sustitución.

Rogamos que haya alcanzado la infinita paz, la paz eterna.

Así sea.

INTERVENCION

Dr. Botella Llusá

La primera lección que yo oí a D. Teófilo Hernando fue allá a principios de curso de 1931. En aquel aula, por desgracia hoy desaparecida, entrañable aula, en la que oí explicar a Novoa Santos,

a Hernando, a Ochoa, y en la que luego oí la votación del Tribunal que había de hacerme profesor universitario, nos reuníamos hasta doscientos o trescientos alumnos, que éramos los que entonces formábamos un curso de Medicina.

El profesor bajaba de su laboratorio por una larga escalera, y al llegar abajo, con una amplia sonrisa, nos decía: «La terapéutica de verdad se compone hoy sólo de tres medicamentos, la quinina, la morfina y el salvarsán. De éstos estamos seguros de que son activos, capaces de curar; todos los demás curan en la medida en que el paciente tiene fe en ellos, y se cura un poco por sugestión».

Aquella gran verdad, dicha así, de una manera tan cruda, nos dejaba a los muchachos de entonces, que llegábamos a la Medicina llenos de ilusiones y de una confianza ciega, un poco como si nos hubieran echado un jarro de agua fría.

A lo largo de la vida he comprobado que el maestro tenía, como siempre, razón. He visto después entrar a bombo y platill, al son de una charanga de triunfo científico, a los antibióticos, a los esteroides sintéticos, a los neurofármacos y a tantas y tantas drogas maravillosas, y que de verdad son activas. Sin embargo, la gran verdad de entonces queda en pie. Aunque con algún número limitado de drogas, menos limitado ahora que entonces, los médicos consigamos de verdad producir efectos constantes y seguros en el organismo humano, la mayoría de los tratamientos curan por convicción o, si se prefiere, por fe o por taumaturgia. El médico que en 1976 ignore esto, que tenga una confianza ciega en el modo de obrar abstracto y farmacológico de todos los medicamentos, es un pobre médico. Creo yo que esta lección, comprobada y contrastada hasta la saciedad a lo largo de mi ya no corta vida, fue la gran lección que me dio D. Teófilo Hernando.

Pero este comentario a su muerte debería haberse titulado «las dos lecciones», porque una es la que acabo de exponer, y la otra, aún más importante, la debo contar ahora: Don Teófilo, en 1936, había llegado a todo lo que un médico de sus cualidades podía ambicionar en España. Era catedrático de San Carlos, Académico de Medicina, tenía una preciosa biblioteca de libros antiguos y una gran clientela, sólida y justamente cimentada. Y, además, era Presidente del Consejo Nacional de Cultura, que entonces era algo así como el de Investigaciones Científicas y el Nacional de Educa-

ción, en una sola pieza. Su influencia y su opinión pesaban en todas las decisiones culturales de aquella época.

Al producirse la trágica quiebra que nos separó a los españoles, Hernando, incapaz—como Marañón—de estar un minuto más en el ambiente del Madrid rojo, tuvo que emigrar a París. Allí, durante varios años, llevó la vida del exiliado. Una fotografía antigua, pero recientemente divulgada, nos lo muestra en una plaza de la Concordia desierta, viendo entrar las vanguardias alemanas en París. Volvió a España unos años después. Marañón le había precedido, y nada más llegar, todas las puertas se le habían abierto, lo cual era justo, y se le devolvían los carnets de todas las Academias, la cátedra de San Carlos y su servicio del Hospital General.

Poco después, Hernando volvía en el silencio y nada se le restituía. Yo sé bien que jamás, ni en lo más íntimo de su conciencia, sintió la menor envidia por el que fuera su discípulo y amigo más joven. No tuvo tampoco una palabra de amargura o de rencor por quienes injusta y duramente le marginaban.

Poco a poco, a lo largo de los años, vimos cómo otros hombres más abiertos, con un espíritu mayor de comprensión, le volvieron a abrir las puertas de la Academia de Medicina y, ya jubilado, le invitaban a dar, de cuando en cuando, una lección o una conferencia en la Facultad. A uno y otro lugar acudió con el semblante sonriente, con aquella enorme capacidad de ironía y de encanto que constituían la base de sus lecciones. Conforme iban pasando los años, como el buen vino, su espíritu iba ganando en grados y en «bouquet». El D. Teófilo de sus últimos tiempos era uno de los seres humanos más deliciosos que hayan podido conocerse.

Recuerdo todavía su último discurso: Le imponían la Medalla del Trabajo. El Ministro, Fernando Suárez, convocó a una cincuenta de personas en un hotel madrileño. La comida debía empezar a las dos y media, hora antes de la cual es muy difícil a los que asumen las grandes responsabilidades de la Administración quedar libres. Unas breves palabras del Ministro, la imposición de la Medalla y un discurso de D. Teófilo, que duré casi una hora. Eran las cuatro de la tarde y todavía no nos habíamos puesto a comer. Ninguno sentíamos apetito ni fatiga. D. Teófilo nos tenía pendientes de su palabra, de su gracia y de su profunda inteligencia, con una mezcla de donaire y de filosofía a la vez, que raramente he visto igualar.

Ha sido hasta su muerte un hombre inteligente y bueno, con una enorme dosis de humor y absolutamente sin ningún rencor. La humildad con que aceptó los desaires que en un principio se le hacían, la elegancia con que supo perdonar a los que en un momento le olvidaron; la graciosa filosofía, un poco escéptica y llena de ironía, con que aceptaba la vida, y, por encima de todo, su tremenda hombría de bien, éstos han sido los elementos de la verdadera lección de D. Teófilo Hernando. El maestro de mi juventud ha sido también el maestro de mis años maduros. Me dio, primero, una gran lección de Medicina; después me ha dado una gran lección de saber aceptar la vida. Yo y los amigos míos de mi generación, ¿sabremos aprovechar esta lección última?

Dr. Bermejillo

Señores Académicos: No puedo olvidar, al final de esta sesión necrológica, que D. Teófilo fue mi profesor de Terapéutica y Farmacología, nada menos que en 1914 a 1915, años de la llamada «Primera Guerra Mundial», y que de D. Teófilo aprendí las iniciales normas farmacológicas, de una terapéutica no extensa ni llena de nombres, como la que ahora se estila, pero sí compleja por los equilibrios que la Medicina de aquellos tiempos tenía que hacer con muy pocos fármacos eficaces, con una serie de productos químicos y vegetales, a posologías varias y donde, fuera de la quinina, la digital, los salicilatos de aquellos tiempos y el reciente salvarsán de la terapia de Ehrlich, pocas esperanzas podíamos poner en los rasgos terapéuticos de nuestra pluma. Pero sí aprendí de D. Teófilo la afición a la lectura de revistas profesionales y científicas, y con él comprendí la necesidad del manejo de idiomas, y muy especialmente de alemán, que en aquellas calendas era el idioma, con el francés, fundamental para el estudio y perfeccionamiento doctrinal de la Medicina (algo similar se oía en los laboratorios de D. Santiago, por boca de Tello, Achúcarro, etcétera). Esta incitación constante de D. Teófilo hacia la lectura de revistas extranjeras la agradecí muy mucho a estos maestros.

Don Teófilo asistía a la cátedra con asiduidad: nueve y media de la mañana, pero casi siempre con algún retraso, apareciendo por el extremo del corredor de la planta baja de San Carlos, con cortos pasos, pero veloces. Esperaba el alumnado en el aula y, la

mayoría en el propio corredor, dando los más vigilantes el aviso: « ¡Don Teófilo! », y algunas veces, los más alegres decían: « ¡Teofilín a la vista! ».

Luego comenzaba la lección: clara, ágil, actual, con alguna ocurrencia graciosa y anécdota enjundiosa. Alguna vez preguntaba a los alumnos que que parecían más inquietos, y todo transcurría con la alegría juvenil de los alumnos y del profesor y con la más tranquila compenetración. Sin duda, era un profesor.

Durante mis últimos años de alumno, los dieciocho y diecinueve, acudíamos algunas mañanas, ya en horas avanzadas, a su consulta, en los bajos de San Carlos, donde recibía enfermos, especialmente de aparato digestivo, acompañado de sus varios internos y amigos, entre los que destacaban Antonio Crespo Alvarez y Dámaso Gutiérrez Arrese, años adelante muy familiares amigos suyos y también míos (buenos médicos y grandes caballeros en ciencia, clínica, saberes de todo género y conducta). Posteriormente tuvimos buena amistad, entrevistas en consultas profesionales y hasta algunos intercambios de revistas, que uno y otro sabíamos tener en suscripción en aquella librería «Gutenberg» de la plaza de Santa Ana.

A D. Teófilo, que entre nosotros no precisa de apellido, le debo enseñanzas y estímulos para el trabajo, que me llevaron y llevan al agradecimiento y recuerdo piadoso. A él y a esos sus discípulos y buenos amigos van dedicadas estas palabras. A sus familiares, y de manera especial a su hijo Luis, que por el año 40 ó 42 fue alumno mío, nuestro sincero y perdurable pésame.

En su conjunta personalidad, D. Teófilo fue un típico representante del tránsito del pasado al actual siglo.